

ritorio, aun sabiendo que va á la muerte. La Historia está llena de tales ejemplos y seguirá estando llena mientras haya naciones codiciosas.

El pueblo griego no vió en la llegada de los aliados un acto de hostilidad. Inglaterra y Francia habían sido sus libertadoras del yugo turco y las madrinas de su constitución nacional. ¿Iban ahora á despojarle de lo que antes le otorgaron, independencia y territorio? No era verosímil. Todo inducía á creer más bien que, una vez más, tocaban en sus costas en son de libertad para Grecia, buscando la línea de menor resistencia, para herir á Turquía y Austria, los dos enemigos tradicionales.

Por esto el pueblo griego asistió en silencio, acaso con interno regocijo, al desembarco de Salónica. Eran los protectores del pasado, que volvían á romper sus lanzas por la nueva libertad de los Balkanes frente á los opresores seculares. Para el pueblo griego los invasores no eran enemigos, sino aliados.

Esta explicación de la pasividad de Grecia entonces la ha corroborado ahora la revolución de Macedonia. Podría argüirse que el desembarco de Salónica no lo toleró el reconocimiento ni la simpatía popular, sino el miedo á la fuerza franco-británica. Esta razón es tan falaz como todas las otras. Si tuviese algún fundamento, ¿cómo podría explicarse la actitud de Macedonia negándose á franquear el paso de los búlgaros? Porque Bulgaria no está sola, sino que tiene á su lado á Turquía, y ambas están sostenidas

por los poderosos Imperios centrales. No se comprende que el pueblo griego tuviera miedo á los aliados y que no lo sienta frente á las fuerzas germano-búlgaro-turcas. La verdad es que, para los griegos, no hay en esta guerra más enemigos que los que forman la alianza turco-búlgaro-germánica.

De este modo se deshace por completo la falacia de que la situación de Grecia era idéntica á la de Bélgica. Se distinguen ambas en que la neutralidad de la una era un pacto internacional, violado por Alemania, y en que la neutralidad de la otra no estaba garantizada por ningún Tratado. Se distinguen, además, en que Bélgica estaba obligada á defender su territorio, conforme al mismo convenio que lo neutralizaba, mientras que Grecia, no sólo no tenía ninguna obligación jurídica de defenderse, sino que para ella los invasores aliados eran los históricos amigos de su libertad. Por eso la conducta de Alemania en Bélgica fué un crimen, y no lo fué la de los aliados en Grecia; por eso los belgas cogieron las armas, y no las cogieron los griegos; por eso se ha levantado ahora Macedonia contra sus verdaderos enemigos, aliándose espontáneamente á sus amistosos invasores. Si Grecia no se ha puesto ya íntegramente junto á los aliados, se debe á su familia real, extranjera y de origen germánico, y á un grupo militar fascinado por la marcialidad teutónica. Pero el pueblo, con Venizelos, su gran jefe, á la cabeza, no ve en los aliados más que sus liberadores de antaño y sus amigos de

siempre. La revolución de Macedonia ha hecho algo más que destruir otra esperanza de los Imperios centrales: ha destruído también uno de sus más hinchados sofismas.

7 de Septiembre de 1916.

LA TRINCHERA DE LA NEUTRALIDAD

Ya tenemos en España un movimiento neutralista. No habiendo ningún movimiento intervencionista, pequeño ni grande, al cual responda, son muchos los que han abierto la boca de estupor ante la campaña de estos bravos defensores de una neutralidad que nadie, ni los mismos beligerantes, desea que abandonemos. Ni los mismos beligerantes. Esta es una guerra de máquinas más que de hombres. A los aliados les sobran hombres y todavía no les sobran máquinas; por eso no han derrotado aún á Alemania. Se comprende que diesen la bienvenida á la intervención de un país, como los Estados Unidos, que acrecentase su potencia mecánica, ó á un país como Rumania, que va á los campos de batalla con un ejército armado con todas las armas necesarias. ¿Puede España, por su pobreza económico-industrial, ofrecer esto? No. Esta es la verdad, todo lo enojosa que se quiera, pero irrefutable. Por lo tanto, si los aliados

no buscan nuestra intervención, ni aquí, en España, la desea nadie, ¿cómo explicarse este movimiento neutralista? ¿A qué obedece?

Ya se han indicado algunas explicaciones. Para algunos la neutralidad es un arma contra la posibilidad de que el Gobierno preste oídos á las justas reclamaciones de las últimas notas diplomáticas presentadas por Francia, de un lado, y por todos los aliados, de otro. Es una neutralidad ficticia contra la neutralidad verdadera. Saben que la paz de España no corre ningún riesgo; pero fingen creerlo y lo voccean á voz en cuello, á ver si atemorizan al Gobierno y le obligan á permanecer, como hasta ahora, en una completa inacción frente á las idas y venidas de los submarinos austro-alemanes por aguas españolas.

Otros creen sinceramente que peligrá la neutralidad española, y han decidido afrontar el apostolado de su defensa. Son muy pocos, y en ellos concurren, en general, como atenuantes, la inexperiencia de los pocos años y los anhelos de la notoriedad, exaltados por unas cuantas voces anónimas del público. A ninguna campaña le faltan unas docenas de simpatizantes, sobre todo si hay algún periódico que, sobreponiéndose á la carestía del papel, se aviene á publicar todas las cartas de adhesión. Yo estoy seguro de que si un periódico iniciase una campaña neutralista frente á una guerra en Marte y prometiese hacer públicas las adhesiones, recibiría inmediatamente millares de cartas. Todo el mundo gusta de dar fe de su per-

sona, y estas campañas periodísticas son un excelente acicate de la vanidad. Por otra parte, á la gente le agrada que de vez en cuando venga Pero Grullo como apóstol de verdades evidentes. Siempre se agradece que alguien nos recuerde, de tiempo en tiempo, que la esfera es redonda ó que no va á chocar con la Tierra aquel cometa que anunciaron los astrónomos. De estas diversas variedades participa la campaña neutralista. No la ha iniciado ni secundado ningún hombre público de importancia, ni se ha sumado á ella ningún partido. Se la debemos á Pero Grullo, en su edad moza, deseoso, como siempre, de colocarse á la altura de su nombre.

Sin embargo, no sería justo dar por acabada en este punto la serie de explicaciones. Quede por examinar otra, la más profunda, la única dotada de alguna complejidad psicológica. El hombre tiende siempre, en todos sus actos, á la victoria. Nadie admite nunca, plenamente, su derrota. Dad á un hombre vencido un triunfo aparente y se entregará en un momento. Negadle esta concesión y preferirá morir. Y en la mayoría de los casos no es un alto sentimiento de dignidad lo que le hace temer la derrota más que la muerte. Es el sentimiento del ridículo. Los latinos tenemos este sentimiento morbosamente desarrollado. Con laureles de trapo, hasta el abismo. Pero antes perecer que rodar envueltos en la bandera del ridículo.

Esta es, ahora, en España, la situación de los que

sostuvieron desde el principio la invencibilidad de los Imperios centrales. No defendían, como sus adversarios, la invencibilidad de una idea. Aunque Alemania se hubiera adueñado de Europa, los que la combatieron idealmente no hubieran sentido nunca una impresión de vencimiento, porque no afirmaban una fuerza, sino una serie de principios espirituales, eternos como el hombre, que todos los cañones del mundo no pueden destruir. En cambio, los adoradores de los pueblos germánicos proclamaban la soberanía de su fuerza, el predominio de un hecho que había que comprobar experimentalmente. Ha pasado el tiempo y la experiencia ha sido adversa al hecho afirmado con excesiva precipitación. Alemanino es invencible. Alemania será vencida. Esto lo ven ya sus idólatras más fanáticos, y de sus pechos comienza á apoderarse una angustiosa sensación de ridículo.

Esta es la actitud psicológica de los germanófilos españoles. Habían hecho de sus simpatías no un elemento de alta política, sino una disputa de café, una reyerta callejera, un juego polémico en que lo único importante era el triunfo del amor propio. Pero el amor propio va á sufrir una herida mortal. ¿Cómo presentarse en el café, cómo asomarse al periódico donde se hicieron tan estupendos vaticinios si Alemania sale vencida? Queda una solución: inventar lo de la neutralidad en peligro.

La neutralidad en peligro es la última trinchera de los maltrechos admiradores de Alemania. Defen-

diendo lo que nadie ataca lograrán un fácil triunfo que aminore la desazón de su derrota espiritual. Podrán decir á los adversarios del café ó del periódico: «Ha sido vencida nuestra amada Alemania. Fallaron nuestras profecías. Nuestro ídolo ha resultado con pies de barro y, en general, de constitución menos vigorosa de lo que nosotros, en nuestra ignorancia y en nuestra idolatría por la fuerza bruta, imaginábamos. Pero hemos logrado, por lo menos, una victoria. Hemos logrado que España no vaya á la guerra. Esta satisfacción casi nos desquita del dolor que nos causa la derrota de Alemania. ¡No nos negaréis este triunfo!»

No se les negará ese triunfo. La neutralidad de España servirá de velo á los que comienzan á sentirse en ridículo. Respetémosles el velo. Esta campaña neutralista, en su fase más profunda, es la hoja de parra de un fracaso ideológico. Respetémosela.

12 de Septiembre de 1916.

LEVIATAN EN TIERRA

El mar tenía su leviatán, el dreadnought, y el aire el suyo, el zeppelin. Ciertamente, también la tierra posee su monstruo mecánico, el tren; pero no nos referimos sino á los monstruos de destrucción, aptos para los modernos usos de la guerra. Ha habido trenes blindados contra las balas enemigas; pero todavía no se ha descubierto modo de evitar que el enemigo levante los rieles, lo que hace inútiles los trenes blindados. Durante miles de años ha preocupado á los hombres el problema de hacer la guerra desde vehículos móviles y seguros. En este sentido, el caballo de Troya, con su panza de madera cargada de guerreros, fué no sólo un ingenioso arbitrio, sino una feliz anticipación de inventos posteriores. Los inventores han plagiado siempre á los poetas, aunque luego digan de ellos que son seres inservibles. Pero fuera de los tiempos míticos, dentro de la Historia ya, el vehículo terrestre de guerra más perfecto había sido el elefante, instrumento capital en las luchas de la antigüedad.

Hoy ya tiene también la tierra su monstruo bélico, tan temible como el dreadnought, mucho más temible que el zeppelin. Sus creadores le llaman «tank», palabra inglesa que significa tanque ó aljibe, nombre absurdo, por lo tanto, para designar el nuevo gigante. No es extraño que, tratándose de una criatura enteramente original, sin semejanza con los demás inventos humanos, no haya sido muy acertada la primera denominación. Probablemente, guarda alguna relación con su forma; pero los que han tenido la fortuna de verle, no se resignan á clasificarle con tan modesto nombre, y se lanzan á la paleontología para hallarle uno adecuado ó, por lo menos, un término de comparación que dé una idea aproximada de él. Tan limitado es el espíritu humano, que para concebir y hacer concebir una creación tan novísima, es necesario pensar en el mamut y en el megalosauro, en el plesiosauro y en el megaterio, en el ictiosauro y en el mastodonte, en los grandes reptiles y mamíferos fósiles.

Estéticamente — siempre á juicio de los que le han visto; nosotros, míseros mortales, no le conocemos ni en fotografía—el «tanque» es un monstruo cómico. No inspira repugnancia, al modo de una alimaña nocturna, como los submarinos; ni infunde terror apocalíptico, como los zeppelines (según creencia de los alemanes). Su presencia es fuente de risa frenética. Un corresponsal inglés, que ha podido contemplarle, con sus colores de reptil, maniobrando

en evoluciones y saltos absurdos, cuenta que le dolián los ijares de tanto reirse, como si más que de una terrible máquina de guerra se tratase de un ser grotesco creado por una divinidad de la caricatura.

Naturalmente, á los alemanes no les ha parecido tan regocijado. Su sorpresa y su pánico, al ver avanzar hacia sus trincheras la fabulosa criatura, debieron ser apocalípticos. Creyeron poder detenerla con el fuego de la fusilería; pero el megaterio, con olímpica ecuanimidad, seguía aproximándose. Recurrieron entonces á las ametralladoras, tan inútiles como los fusiles. En la artillería pesada, buena contra los puntos fijos, no pudo encontrarse defensa eficaz contra el monstruo móvil. Aterrados, los alemanes abandonaban sus trincheras, y si algunos, más audaces ó paralizados por el pánico, se quedaban en ellas, la enorme bestia de acero detenía su andar, y por sus troneras vomitaba mortífera metralla sobre los enemigos refugiados en los fosos, hasta aniquilarlos ó ahuyentarlos. Tras esta operación, avanzaba la infantería inglesa, y de esta suerte se ha apoderado de pueblos y reductos poderosamente defendidos.

Al estupor ha sucedido la indignación. Los alemanes dicen que el uso de los «tanques» no es guerra civilizada. Esto lo aseguran los que primero usaron los gases asfixiantes; los que á diario torpedean barcos mercantes sin previo aviso; los que periódicamente bombardean desde sus zeppelines ciudades abiertas y matan viejos, mujeres y niños; los que de-

portan poblaciones civiles enteras. Los automóviles blindados no han hecho nada que no estén haciendo los cañones, la infantería y los fuertes, porque, en realidad, son como una síntesis de estos tres factores: una fortaleza ambulante cargada de soldados y cañones. No usan armas envenenadas ó explosivas, ni matan mujeres, ancianos y niños indefensos. Llevan la guerra al ejército enemigo conforme á las más estrictas reglas del Derecho de gentes.

¿Cuál es la importancia de estas nuevas máquinas? No tan grande, indudablemente, como quiere la imaginación. Los ensayos han superado á las esperanzas; pero, repuestos de la sorpresa, los alemanes tratarán de inventar medios de neutralizar su acción. Seguramente para estas fechas el Cuerpo de inventores del imperio alemán se está estrujando ya el cerebro para crear un buen antídoto. Sin embargo, como el submarino, el aeroplano y el zeppelin, el «tanque» quedará probablemente incorporado de modo definitivo al arte de la guerra. Se perfeccionará é irá ganando gradualmente en fortaleza y rapidez. Acaso, con el tiempo, anule ó reduzca la guerra de trincheras, restituyéndola á las condiciones de movilidad que tuvo siempre. De todos los inventos realizados en esta guerra, es quizás el de más transcendencia y el que más excita la fantasía. Como se ve, los ingleses, sus progenitores, no carecen de imaginación. No contentos con haber dotado al mar de modernos leviatanes, los dreadnoughts, han creado

un leviatán para andar por tierra... ¿Y la organización alemana? Y las sorpresas alemanas, ¿qué son al lado de estos ingentes automóviles? Está visto que también, en definitiva, el espíritu verdaderamente creador acompaña al espíritu de libertad. En el fondo, es la misma cosa.

Septiembre de 1916.

HOSPITALIDAD VIGILANTE

Las primeras impresiones de un viajero sobre un país que no conoce tienen siempre, como información, fatales defectos, fundados principalmente en la tendencia del espíritu humano á generalizar sobre simples hechos solitarios. Pero, en cambio, poseen una fuerte virtud. El viajero contempla las nuevas realidades con una ingenuidad de visión que falta á los indígenas. Es como si mirara desde lo alto, descubriendo perspectivas y relaciones de cosas que se escapan al ojo físico y al ojo intelectual de los habitantes que residen en el llano. Por esto, servirán siempre de profunda enseñanza los libros de viaje y los libros de Historia escritos por extranjeros. Su pupila está limpia de las telarañas del hábito, y su alma no está tan influida por prejuicios nacionales.

Acaba de estar en España uno de los hombres más poderosos del periodismo inglés, lord Northcliffe, y ha escrito en «The Times» dos excelentes artículos, uno desde Pamplona, y otro desde San Sebastián. Si se considera que no ha permanecido en nuestro país

más que media docena de días, hay que convenir, leyendo sus impresiones, que se trata de un hombre de extraordinaria capacidad de observación y retención. Como dice el «Times» mismo en su artículo de fondo, comentándolos, no pueden ser un juicio definitivo ni una perfecta obra informativa sobre España ante la guerra; pero para un español puede haber en ellos como un descubrimiento. Ingenuamente confieso que, por lo que á mí se refiere, lord Northcliffe me ha descubierto la colonia alemana en España.

Todos conocemos esta industriosa colonia; la vemos en los cafés, en las cervecerías, en los paseos públicos, en las casas de comercio. La distinguimos á distancia por sus cráneos singulares, bien rapados y diminutos, y de cerca, por su lengua gutural, áspera, poco armónica. Todos hemos oído decir, sin duda con injusticia, que cada alemán es en todo momento un servidor de su Estado, é inconscientemente bajamos la voz y miramos de reojo, no sea que nuestras inocentes palabras tengan una trascendencia internacional gracias al «servicio secreto» de Alemania. Seguramente se exagera; pero no podemos eludir la hipótesis de que este alemán, que encontramos al paso, tenga algo que ver con los folletos de propaganda que recibimos, con las noticias y artículos que publican ciertos periódicos, con la manufactura, en fin, de nuestras propias opiniones. En este sentido, real ó imaginario, conocemos á la colonia alemana.

Sin embargo, ¿se ha detenido alguno de nosotros á pensar en ella como fuerza potencial? Lord Northcliffe hace en su artículo algunas indicaciones que prestan á la colonia alemana de España una nueva fisonomía. La considerábamos como huésped; lord Northcliffe nos señala el peligro de que se erija en señora. «Ellos (los alemanes)—dice—se dan cuenta de que si para para una Alemania victoriosa España le es muy útil, para una Alemania vencida España es casi esencial. En el caso probable de que el aeroplano se emplee en el desenvolvimiento de los transportes, las costas y puertos de la amiga España serían valiosísimos para Alemania. La riqueza mineral de la Península, que sólo hace poco ha comenzado á explotarse científicamente, le suministraría varias clases de materias primas de que Alemania carece parcial ó totalmente.» «Los alemanes de España—añade en otro lugar—tienen entre ellos gente rica que se cuida de que las diversas comunidades é individuos alemanes estén estrechamente eslabonados. Los recién llegados están reuniendo toda clase de informes sobre las industrias españolas y las posibilidades de explotación que hay en España. ¿Necesito indicar que en una población de menos de veinte millones, 80.000 propagandistas y trabajadores activos constituyen un cuerpo formidable?»

Acaso esa cifra de 80.000 en que lord Northcliffe fija el número de alemanes residentes en España, sea un tanto exagerada; pero, de todos modos, la colonia

alemana es enorme, y este es el hecho inquietante. Inquietante, no tanto por sus tareas durante la guerra en un sentido político, como por la acción que puede ejercer en España más tarde. Estos 80.000 hombres, ó cuantos sean, no pueden permanecer ociosos: la necesidad económica y su naturaleza les obliga á arraigarse en territorio español. Muchos de ellos se quedarán definitivamente entre nosotros. Son, pues, un nuevo factor que penetra en la vida de España.

Si se limitaran á ser laboriosos y emprendedores, ningún reparo habría que oponer á su pacífica invasión; antes al contrario, tendríamos que estarles reconocidos. Pero es menester tener en cuenta la condición absorbente del alemán. Emigrado, nunca se desvincula por completo de su país, y el terreno extranjero que pisa tiene para él la significación de un dominio germánico en potencia. En algunos países de América, sobre todo en el Brasil, hay regiones que par. cen colonias alemanas. ¿Y qué, sino una colonia alemana, es Turquía, conquistada mansamente, sin derramar una gota de sangre, gracias á la gran fuerza de penetración y al indestructible sentimiento nacional de los emigrantes alemanes? Italia misma estaba dominada por la economía y el espíritu alemanes, y le ha costado inmenso esfuerzo soltarse tan fuertes ataduras.

Este es el peligro genérico: que una excesiva colonia alemana ligue á España con Alemania en una

forma demasiado subalterna para nuestro país. Pero hay, además, un peligro específico. Después de la guerra, á menos de quedar absolutamente vencida, Alemania buscará nuevos puntos de apoyo contra sus enemigos de hoy, sobre todo contra Inglaterra. Lo que ha hecho con Turquía en Oriente intentará hacerlo quizás con España en Occidente. La posición de España es única para iniciar una política hostil contra las potencias interesadas en el Mediterráneo y en el Noroeste de Africa. Aunque débil en sí misma, puede servir de piedra lanzada al paso del transeunte. Sufrirá el transeunte y sufrirá la piedra al ser barrida del camino; pero nada pierde con ello la mano que la arroja.

Contra esto hay que vivir vigilantes ahora y después de la guerra. Bien venidos los alemanes que aquí residían y los que después han buscado refugio; pero que no sueñen con ser la honda de una España concebida como instrumento de sus futuros designios internacionales. Es, si se quiere, un peligro remoto; pero los peligros, cuanto de más lejos se vean, mejor; así hay más tiempo y más medios de prevenirlos. Goce la colonia alemana á sus anchas de nuestra hospitalidad; pero no olviden los señores de la casa que hay huéspedes que acaban por pretender ser los amos. Respeto y libertad para todo el mundo; pero también vigilancia.

21 de Septiembre de 1916.

EL KRONPRINZ, CONDECORADO

A modo de premio de consolación, al príncipe de la Corona, Federico Guillermo de Alemania, se le acaba de condecorar con las hojas de roble por no haber tomado Verdun. Los alemanes no renuncian fácilmente á sus viejas costumbres selváticas de los buenos tiempos bárbaros. Para honrar á un héroe como Hindenburg no se les ocurre nada mejor que erigirle una colosal estatua de madera, para que el sencillo pueblo, estupefacto, la cubra de clavos admirativos, y ya que el Kronprinz nada ha hecho que merezca esa suprema distinción escultórica, se le regalan unas hojas de roble. Puesto que no es acreedor al tronco del roble, se le obsequia con su ornamento foliáceo. Ni siquiera se le ha juzgado digno del fruto robúrneo, vulgarmente bellota.

Pero ¿cómo se explica que, habiendo destituido, recientemente aún, á Falkenhayn por el fracaso de Verdun, se enaltezca al príncipe heredero con una

condecoración, aunque sea tan modesta y deleznable? Nada más sencillo. El prestigio de Falkenhayn ó de cualquier otro general no afecta esencialmente á la dinastía de los Hohenzollern. Pero el porvenir de esta dinastía depende grandemente del prestigio del Kronprinz. Por encima de todo, hay que cultivar su gloria. Si los dioses del Olimpo germánico no han permitido que sus huestes rompieran las líneas francesas, por lo menos hay que intentar convencer al pueblo alemán de que esta derrota es un magnífico triunfo. Las legiones alemanas no han podido pasar sobre Verdun, ¿pero han podido, en cambio, las francesas pasar sobre las líneas alemanas? No se arguya que este es un razonamiento falaz, semejante al que se usase para demostrar que gana cincuenta pesetas quien, pudiendo haber perdido en una apuesta todo su capital de cien, sólo pierde las cincuenta que ha jugado.

El Kronprinz se ha dejado en la carta de Verdun la mitad, por lo menos, de su fortuna en hombres y municiones; pero como no la ha perdido toda, ¿no merece por su triunfo una recompensa de unas hojas de roble? Francamente, unas bellotas no hubieran parecido á nadie un premio excesivo.

El príncipe Federico Guillermo había cimentado sólidamente, antes de la guerra, su prestigio de futuro emperador de Alemania y rey de Prusia. En prueba de su independencia de carácter y de su intrepidez, había realizado unas cuantas hazañas meritorias á los ojos del vigilante pueblo alemán. Desdeñoso

del protocolo y de las razones de Estado, se había casado por amor con la duquesa Cecilia de Mecklenburgo-Schwerin en 1905. En 1907 se puso de lado de Maximiliano Harden en su campaña de la revista «Zukunft» contra el homosexualismo del príncipe Eulenburg, gran amigo del Kaiser, y del general conde Kuno von Moltke, ayuda de campo del emperador. Su escasa vocación por la política tenía que entenercer al impolítico pueblo alemán. Ya hombre maduro, le escribía encantadoramente á su antiguo compañero el conde de Hochberg: «Papá me habla de política de vez en cuando, y á mí me gusta.» Pero su superioridad sobre el mundo político se reveló plenamente en 1911, cuando el debate en el Reichstag sobre la cuestión de Marruecos. Mientras hablaba el jefe del partido conservador, Heydebrand, combatiendo duramente al canciller Bethmann Hollweg, el Kronprinz, desde la tribuna real, le animaba reiteradamente con sus aplausos, sin detenerse á meditar si era ó no constitucional lo que hacía y sin importarle que su hostilidad al canciller alcanzase á su señor padre, el emperador, de cuya política era dócil instrumento el filósofo Bethmann Hollweg.

No fué este el único disgusto que el Kronprinz, para no interrumpir una larga tradición en la dinastía de los Hohenzollern, dió á su señor padre, el Kaiser. Un día, sin autorización de nadie y sin preocuparse de lo preciosa que es su vida para la dinastía de los Hohenzollern, se fué á dar una vuelta en un «zeppe-

lin», y otro, en un aeroplano, con el yanqui Orville Wright.

Por travesuras de este género sufrió varios arrestos, y poco antes de la guerra estuvo desterrado en la guarnición de Dantzig durante dos largos años. Pero él quería demostrar á su pueblo que no estaba dispuesto á ser toda la vida una «unbeschriebenes Blatt», una hoja en blanco, como solía calificársele, y trataba de llenar la hoja por todos los medios. Indudablemente, su gran proeza fué la cacería en Ceilán y la India durante el invierno de 1910-1911. De resultas de esa empresa, escribió un libro, «Mi diario de caza», que seguramente pasará á las antologías cinegéticas.

Pero todo esto no bastaba. Bien que el príncipe heredero reuniese la mitad de las cualidades que deben adornar á un monarca germánico, como adornaban á los señores y príncipes de la Edad Media: la destreza en toda clase de juegos, singularmente en los más arriesgados. Era menester probar que también reunía excelentes aptitudes para el supremo juego, para el deporte más propio de un rey: la guerra. Su señor padre, el emperador, había logrado distinguirse y aun subyugar á su pueblo con una muchedumbre de cualidades pacíficas, especialmente la oratoria. Pero el Kronprinz, con la levedad espiritual de cualquier señorito, no ha tomado muy en serio la solemnidad de su señor padre, ó, por lo menos, no ha tratado de emularle en sus triunfos tribunicios, acaso